

Romano

Lisboa, Portugal. Sábado, 2 de Agosto 2003 – 42 grados, un calor infernal, esto a mí me enloquece, me pone totalmente histérico y no puedo hacer nada, a causa de lo cual, los recuerdos vienen en tropel y lo que resta del futuro se pone bastante incierto, entro en pánico y me empiezo a bajonear, esto yo sé que no me esta permitido, ya seria el fin, por lo tanto me aferró al recuerdo y apareció un personaje totalmente singular, se llamaba o se llama Alberto Máximo Romano.

El asunto empezó así: cuando mis hermanos, yo y mis padres vivíamos en Mar del Plata, éramos 6, la casa era un ir y venir de gente, pues cada uno de nosotros tenia su área de acción diferente y amigos diferentes, pero havia una cosa en común: todo personaje abandonado del destino, sin hogar, sin nada ni nadie en la vida que encontrábamos, lo llevábamos a vivir para casa. Yo, por ejemplo, lleve un paraguayito que trabajaba conmigo en la fábrica, que luego, junto con mi hermano Tata (que a pesar de tener este apodo era el hermano segundo, yo era el mayor) hicieron un dúo, pues los dos tocaban la guitarra, tendría mi hermano 14 años y el 16. Tocaban toda música guaraní, guarañas, galopas, era muy lindo, pues donde vivíamos, en pleno campo, “minga” de radio o televisión y los domingos de invierno eran bastante tristes, con el sonido implacable al fondo de las olas que explotaban en la playa.

A este, A.M. Romano, lo había encontrado mi hermano que murió. Resulta que siempre que traía libros para casa primero lo leía yo y después toda la caterva, este era “La vorágine” de José Eustaquio Ribera. Uno se zarpaba tanto que cuando terminabas el libro vos eras el personaje, claro está que había una preponderancia hacia la maldición y la desgracia. Este va, lee el libro y a la semana estaba trabajando en una empresa con los cientos de correntinos, chaqueños y paraguayos que a lo largo de la ruta de Buenos Aires – Mar del Plata estaban trayendo todo el cablerio para la televisión a dicha ciudad balnearia, esto se hacia en medio de sanjones llenos de barro que, a veces te llegaban a las berijas. Todo este conjunto, traídos de los puntos más lejanos del país “no eran nenes de teta”, se vivía un clima primario y degradante; rostros ajados y deformados por el dolor, el odio y el alcohol. Allí, mi hermano, que era muy parecido a Alain Delon, pero creo más lindo todavía, pues tenia ese toque agreste sudamericano, al terminar el día, exhaustos y llenos de lodo, se lavaban un poco y se iban para el campamento, o sea, cientos de carpas que iban armando y desarmando a medida que avanzaban, y allí empezaba a correr la caña “Ombú”, que así se llamaba. A la semana, nomás, se armo bronca y claro ¿Con quien se la agarraron? Con el “rubio”, el “porteño”, no es porque sea mi hermano, pero el loco era muy guapo de verdad, se le vinieron e 3 o 4 al humo y les hizo frente, de golpe, entre toda esta “indiada” salta uno y le dice: “_ Usted no esta solo, compañero.” Y ahí no más los otros recularon. ¿Quién era? Alberto Máximo Romano.

Se acabo “La vorágine”, vino la realidad y mi hermano se lo trajo para casa. ¡Éramos pocos y parió mi abuela!! Dijo mi vieja, pero enseguida lo trato con mucho cariño, era huérfano, se había criado en la casa cuna, y después en los distintos establecimientos para niños que no saben quien fue su padre o su madre. Tenia un tic, de golpe giraba la cabeza hacia la izquierda y hacia “ssggg”, como quien quiere sacar un pedazo de carne entre los dientes, el movimiento era, como todos los tics, rapidísimo. ¿Quién te puso el nombre Romano? “_ No se.” Respondía. ¿Cuándo nacistes? ¿Qué fecha? “ – Ellos dijeron el 8 de marzo, pero yo no me acuerdo el día que nací.” Tenia cara y pinta de italiano. Ahora bien, ¿Cómo puede ser que una persona que no sabe quienes son los

padres, donde nació, que día, criado en esos establecimientos que más bien genera asesinos, chorros, sicópatas, podía ser tan bueno?! Hasta comunista era. ¡Pobrecito!! Nosotros estábamos extasiados y conmovidos ante esta persona tan singular y extraña a la vez. Imaginate, criados con Martín Fierro y el libro “Corazón”, que nos leía mi padre en los días lluviosos de invierno, y en tanto leía le ponía la mano, que no sostenía el libro, a mi vieja, por entre las piernas, pero muy delicadamente, mientras que en el rústico horno de zinc mi madre cosía una pizza o un biscochuelo. Yo me preguntaba como este no era un asesino, y no solo eso, él contaba que, para que no se creara, entre los huérfanos, un vínculo de amistad, que luego al salir del instituto podrían armarse en bandas, cada dos años los cambiaban, así que no solo que no tenía pasado, ni siquiera un amigo. Una vuelta salieron a cazar el y mi hermano, con una moto, por la Laguna Brava o la Sierra de los Padres, no me acuerdo. Mi hermano luego me contó, se había hecho de noche y vieron una gran construcción en medio de la pampa, y él le dijo: “_ Romano, mejor que nos quedemos aquí, ya se viene la noche.” El edificio estaba en ruinas, sin techos pero por lo menos era un abrigo. Llegaron, sacaron la pava y el mate, un cacho de carne que traían, prendieron fuego y de golpe Romano abre los ojos grises muy grandes y dice: “_ ¡Yo estuve aquí cuando era chico, esto era una Escuela Rural para huérfanos!” Otro que escuela rural, el director los hacía laburar y luego vendía lo que los niños producían. Mi hermano lo miro y le dijo: “_ Bueno, Romano, vamo a dormir.” Por que no le creyó, el tenía ese “toque”, ibas caminando por la calle y de pronto se paraba y exclamaba: “- ¡Yo nací por aquí!”, y creyó que era otra vez la locura. Dijo mi hermano que, cuando se despertó, Romano no estaba, los galpones eran enormes y desiertos. “- ¡Romano, Romano!”, gritaba, pero nada, fue buscando y buscando, paredes caídas y de pronto que ve, dice que fue terrible, se ve que alguna chancha de una estancia vecina fue a parir allí, Romano había acuchillado a la chancha y a todos los chanchitos, estaba jadeante de tantas puñaladas que había mandado. La chancha enorme estaba abierta al medio, los chanchitos descuartizados, el con los ojos bien abiertos, el puñal en la mano lleno de sangre. “_ Yo estuve aquí.” Le dijo. Romano siguió siempre cerca nuestro, siempre decía que desde niño quería ser locutor de radio, leía todo. Un día llegue a casa y no había nadie, solo él leyendo el diario muy ensimismado. “_?Que hace Romano?” Y no contesto, solo hizo el tic hacia la izquierda...’ezzds’ y siguió leyendo. El diario era de 4 años atrás, por eso hablaba siempre como el diario, ya pasados los años cuando estábamos en Buenos Aires, seguía con nosotros. Yo ya tenía a Pablo, mi hijo, con 14 o 15 años, no me acuerdo, Romano a mi no me daba mucha bola a pesar que tenía mi misma edad, el único que le había buscado la vuelta era mi hijo. Creo que, como dicen los psicoanalistas, se proyectaba con él. Pablo como era un maldito “por fuera”, lo dominaba totalmente. Romano leía todo, “Crimen y Castigo”, de Dostoiewski se lo sabía de memoria, mi hijo le hacía la cabeza pero tan bien, que le decía: “_ Romano, caza el teléfono, vos sos Ralcofnico f, hablale a Dostoiewski y decile que te negás a matar a la vieja.” Él agarraba el teléfono y empezaba: “_ ¡Ola Fedor, me niego rotundamente a matar a la vieja!” Y ahí no más te contaba todo “Crimen y Castigo”negándose a matar Alina Ivanovva. O si no, lo ponía en el barco de Sandokán, yo lo escuchaba y no lo podía creer. Un día le hizo la cabeza de que todos los desheredados del mundo habíamos o estábamos próximos a tomar el poder. “_ Vos vas al frente” , le decía Pablo. Estaban los dos solos en el patio del gran teatro que teníamos en el taller. “_ ¡Vamo Romano! ”, incitaba Pablo. El otro, con cara de loco, hacia gestos para que avanzaran los supuestos desheredados de la tierra. ¡! _AAA!! ¡! AAA!!” Gritaba Romano para que la turba avanzara, juro que fue la única vez que vi, en serio, que todos nosotros, los sudorosos, los merzas, los grasas, los desesperados de la vida tomábamos el poder.

El no hacia nada para hacerse querer, pero todo el mundo lo quería. Un día llego al taller, le pregunto si había estado por allí mi hermano Bily (ese nombre salió por un periodista deportivo que escribía en “El Mundo deportivo”, Bily Kerosén), a lo cual él me respondió “ _ Cuando vi a tu hermano, manaba abundante liquido vital de las fosas nasales a causa de los golpes recibidos. Su mujer, un personaje de infinita belleza y finamente ataviada, lo socorrió, luego no los vi más.” Siempre hablaba como un diario. Una vez en Paraguay, les habían buscado camorra a unos paraguayos. Yo estaba encaramado sobre una escultura y veo que viene Romano corriendo y me dice: “ _ Alberto corre, que nos vienen persiguiendo con elementos punzo cortantes”, que eran tremendos machetes. Una vuelta cuando estábamos haciendo la parte de arriba del taller, Romano estaba haciendo la pared, vino mi viejo y le dice: “ - ¿Romano, por que no tiras un hilo?” A lo cual Romano respondió: “ - ¡! Viejo del demonio, retírese de este lugar sagrado donde se practica el trabajo y ocúpese de sus tareas específicas!!” Mi viejo se quedo boquiabierto porque para un gallego, eso era imbanicable. Por eso digo que siempre me acuerdo de Martín Fiero: “ El que nace barrigón, es al ñudo que lo fajen.” Este tenia el 90% para salir un psicópata, asesino, y fue bueno. En EEUU hay chicos que tienen todo, madre, padre, hogar, juguetes y, de pronto matan el padre, a la madre, luego van a la escuela, siguen matando compañeros, profesores. ¿ Porque? “Porque es al ñudo que lo fajen al que nace barrigón”. Hace falta de todo para hacer un mundo. Un día estábamos tomando mate, Romano siempre mirando para abajo, y de vuelta a descifrar el enigma de este personaje. “ _ ¿Romano y como salistes del instituto? ¿ Cuantos años tenias? ¿Qué paso?” Él hizo de vuelta el tic, levanto la cabeza y dijo: “ _El director nos llamo a mí y a otro por que íbamos cumplir los 18 años, nos dijo: _ Bueno, preparen-se pues mañana los dos cumplen 18 años y nuestra tarea ya fue cumplida, salen a hacer su vida, dijo.” “ _ ¿ Pero les hicieron una fiesta de cumpleaños, algo?” Le pregunte yo “ _ No,” contesto, “nada.” Como si fuera normal. “ _ Al otro día nos dieron un traje gris de tela, de esa que usan los ferreteros, una camisa, un par de zapatos, 20 mangos a cada uno, nos llevo hasta la puerta, la abrió con la mano derecha y haciendo gala de un entusiasmo patriótico con su mano izquierda extendida hacia delante como señalando al febo de la bandera y nos dijo: ¡!Allí tienen la vida!! Con mi compañero nos dimos la mano, el agarro para un lado, yo para el otro.” “ _ ¿Pero como?”, le dijimos, “ _ ¿No les dieron alguna dirección, algo?” “ _ No, nada”, dijo, “ solo eso, allí tienen la vida. Yo no sabia ni lo que era un colectivo, ni un almacén, nada, como a las tres cuadras encontré un viejo con unos perros todo sucio y tirado al sol, me pare y empezamos a hablar. Don Arébaló se llamaba, me quede con el viejo. Luego me entere que a esos tipos los llaman cirujas o lingeras, camine con este viejo como 1500 kilómetros. Un día, no me acuerdo si estábamos en Olavaria o General Conesa, era invierno y habíamos dormido debajo de un puente, me desperté a la mañanita y hacia un frío bárbaro, empecé a patalear y refregarme las manos por el frío que hacia, prendí un fueguito para hacer mate cosido en un tachito. Al rato lo llamo al viejo: “ _ ¡E, Dom Arébaló!” Nada. “ _ ¡Dom Arébaló, ya esta el mate cosido!” Nada, voy, lo zamarreo, el viejo estaba muerto. No sentí nada, ni frío, ni calor, nada, se había roto el único hilo que me ataba a lo que el Director del “establecimiento” llamara “la Vida”. Los perros se avivaron de que el viejo se había muerto y lanzaban unos quejidos bajitos y lastimeros, lo olfateaban y andaban alrededor, capaz que sentían lo mismo que yo. Agarre mi bagayo y me fui alejando despacito, no miraba hacia delante, me alejaba siempre mirando para el lado de ese entrevero de trapos viejos que había sido el viejo Don Arébaló. Los perros se quedaron allí, solo se vino conmigo el más chiquito que se llamaba ‘Caracol’, por que siempre se quedaba ultimo en las largas caminatas.” Nosotros nos quedamos callados por que la mano fue pesada. “ _ Después,” dijo,

“anduve por muchos lados, trabaje de albañil, de sereno, en fábricas, hasta que encontré a tu hermano.” Estuvo mucho tiempo con nosotros, o amigos nuestros, hasta que, como siempre “los milicos”, cuando fue la desbandada no se donde fue a parar.

Pasaron como 25 años, nunca más supe de él. ¿Por donde andarás, Romano? Tal vez leyendo un diario viejo, tratando de practicar para ser locutor.

El calor sigue terrible, para escuchar a Roberto Firpo tuve que desenchufar el ventilador. El otro día, mi amigo Oscar Grillo me contó que cuando los obreros de Vasena hicieron la huelga, se formó una comisión de 6 o 7 (entre los cuales estaba Roberto Firpo), y lo fueron a encarar de frente al viejo maldito que abrió el cajón, saco un revolver y empezó a los tiros, cayeron 4 o 5 obreros, el se salvo raspando, antes lo quería, ahora lo quiero más.

Solo en esta torre, ya veterano, lejos de mi patria y de todos, miro por la ventana el océano y pienso en Romano, y, en realidad no sé quien soy, si Romano, Don Arévalo o el perrito Caracol. ¿Pero que importa? Todos estamos amarrados a esta cadena de dolor que es!!Allí esta la vida!! ¡La puta madre que los parió!